

MARK LEYNER

Una colonoscopia literaria del mundo hipermediatizado y saturado de información en que vivimos.

Mi primo, mi gastro- enterólogo

Una colonoscopia literaria del mundo hipermediatizado y saturado de información en que vivimos.



Una colonoscopia literaria del mundo hipermediatizado y saturado de información en que vivimos.

Al margen de que su ensayo *¿Por qué los hombres tienen pezones?* se convirtiera en número uno en ventas en la lista de *The New York Times*, Leyner alcanzó el estatus de escritor de culto a raíz de la publicación de *Mi primo, mi gastroenterólogo*, libro que algunos consideran una novela y otros una colección de relatos. *Mi primo, mi gastroenterólogo*, una ácida e hilarante crítica de la cultura de masas y de las modas efímeras tanto de la alta como de la baja cultura, le valió a Leyner el respeto de la crítica literaria especializada, y fue utilizada por David Foster Wallace como ejemplo literario de la banalidad asumida en el entretenimiento televisivo en su ensayo «E Unibus Pluram», incluido en *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer*.

Índice de contenido

Nota de David Foster Wallace

1 yo era un punto infinitamente denso y caliente

2 idilio

3 fugado de una centrifugadora

4 noche de colonoscopio

5 entra la ardilla

6 la provocación de un pelo suelto en un peinado por lo demás perfecto

7 oda al otoño

8 en el reino del aburrimiento, llevo pantalones de chándal azules

9 saliva de la mejor

10 psicotecnologías de los sombríos adictos al trabajo

11 ¡hoola!, llamó buzz. ¿tienes un poco de crema de cacao?

12 la serenidad de los objetos

13 con la mente en blanco

14 sólo de pensar en ellos

15 en medio de una nube negra de porras de policía

16 capo de tutti capi

17 frases redactadas tras inhalar disolvente

sobre el autor (por el autor)

Sobre el autor

Notas

Nota de David Foster Wallace

«La respuesta narrativa de Leyner a la televisión no es tanto una novela como una colección de prosa televisiva ingeniosa, erudita y de una calidad magnífica. La velocidad y la nitidez reemplazan al desarrollo. La gente aparece y desaparece, los acontecimientos tienen lugar con estridencia y ya no se vuelven a mencionar. Hay un rechazo descaradamente irreverente de conceptos “pasados de moda”, como la trama coherente o los personajes duraderos. En cambio, hay una serie de viñetas paródicas deslumbrantemente creativas, diseñadas para apelar a los cuarenta y cinco segundos de concentración casi zen que llamamos el lapso de atención televisiva. En ausencia de trama, lo que unifica las viñetas son estados de ánimo: la ansiedad histriónica, la parálisis causada por el estímulo excesivo de demasiadas opciones sin manual de usuario y el desparpajo irreverente hacia la realidad televisiva. Y, a la manera de las películas, los vídeos musicales, los sueños y los programas de televisión, hay “Imágenes Clave” recurrentes, que aquí son drogas exóticas, tecnologías exóticas, comidas exóticas y trastornos intestinales exóticos. No es casualidad que las preocupaciones centrales de *Mi primo, mi gastroenterólogo* sean la digestión y la evacuación. El reto burlón que plantea al lector es el mismo que plantea el flujo televisivo de realidades y opciones: absórbeme, demuestra que eres lo bastante consumidor.»

«E Unibus Pluram»

Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer

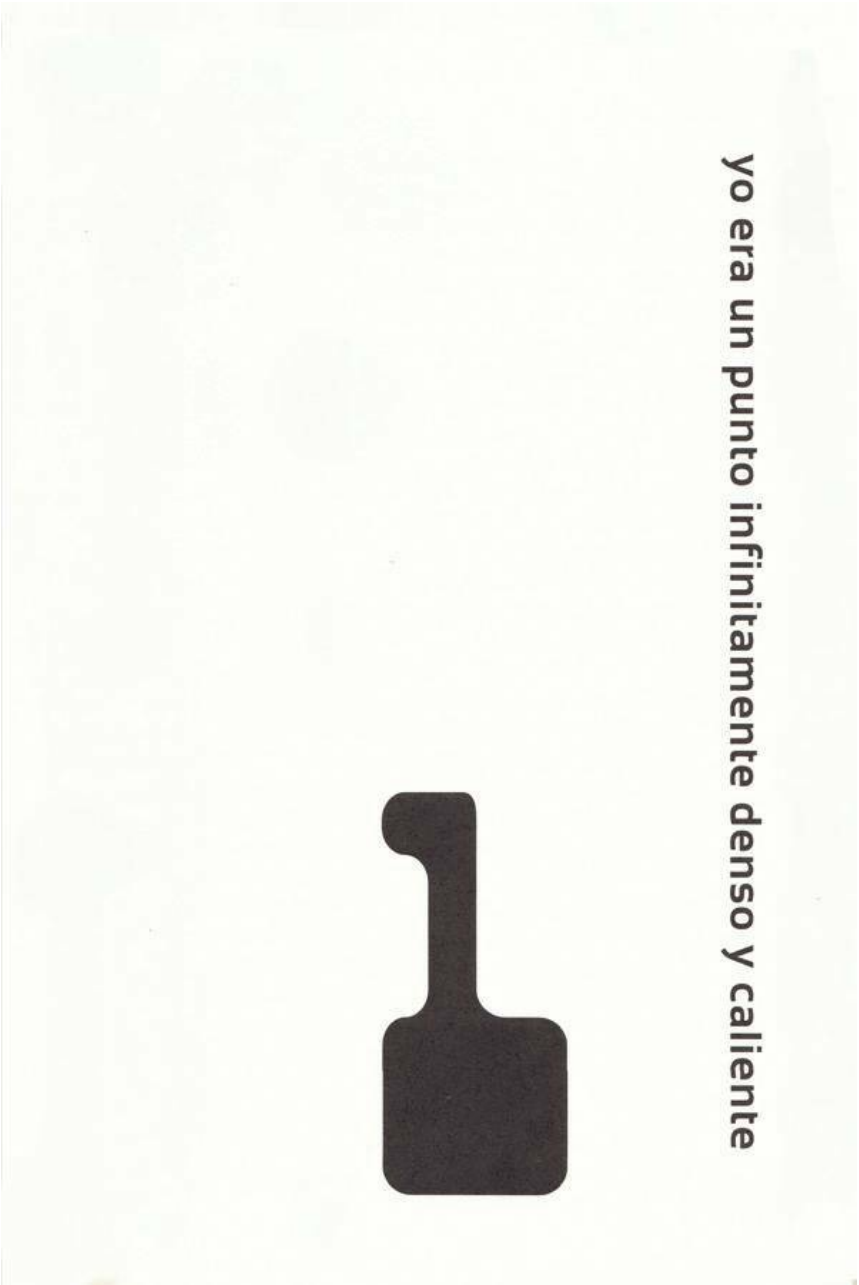
David Foster Wallace



a mi esposa, Arleen

el Smùx de Lùx

... ¿a quién si no?





ba conduciendo hacia Las Vegas para contarle a

mi hermana que había dejado el respirador de madre desenchufado. En sentido contrario venían cuatro tipos calvos en un descapotable arrancándose las costras de sus cabezas quemadas por el sol y arrojándolas a la carretera. Tuve que hacer un viraje brusco para evitar pisar una de aquellas cortezas rezumantes de sangre y sufrir un patinazo incontrolable. Maniobré lo mejor que pude en mi utilitario coreano de importación pero tenía la mente en otro sitio. Llevaba días sin comer. Estaba famélico. De pronto, mientras alcan-

zaba la cima de una colina, surgido de la niebla, apareció un rutilante letrero de neón que decía: FOIE-GRAS Y JUDÍAS VERDES SIGUIENTE SALIDA. Consulté la guía y en ésta ponía: *Comida excelente, ambiente perverso*. Había estado abusando con regularidad de una hormona ilegal del crecimiento extraída de las glándulas pituitarias de cadáveres humanos y tenía la sensación de estar ahogándome en suciedad excrementicia pero la perspectiva de conseguir algo bueno para comer me levantó el ánimo. Le pregunté a la camarera por la soup du jour y ella me dijo que se trataba de la sopa primordial, es decir, amoniaco y metano mezclados con agua oceánica y preparada en presencia de relámpagos. Vaya, tomaré una sopera de ese caldo embrionario, digo, la reserva dando paso a la euforia. Pero tan pronto como ella se esfuma mi ánimo flaquea de inmediato debido a que el ambiente es bastante perverso. Los gorilas de la entrada están fastidiando a unos adolescentes que quieren unas bebidas —en lugar de simplemente pedirles la identificación a los muchachos, les hacen pruebas de radio-carbono, utilizando las trazas de carbono 14 para determinar su edad— y también hay un joven gracioso de la Texas A&M en una mesa cercana a la mía que está pidiendo antiácidos Roloids frescos recién recolectados para sus fettuccini y dos camareros se afanan brutalmente sobre él con pesados molinillos de pimienta del tamaño de porras, así que regreso de inmediato al coche y me peino de manera narcisista mi espeso cabello negro azabache en el espejo retrovisor y consulto la guía. Hay un hostel cercano; se llama El Pequeño Cucú; sus habituales son pastores. Y tras un largo día de pastorear, esquilar, tocar el flautín, invocar a las musas y conversar con las églogas, es hora de tomarse una Miller, y el Cucú está atestado de pretendientes pueblerinos que han abandonado sus rebaños y la soleada e idealizada arcadia por los encantos más péfidos de las relaciones sociales intensas. La camarera favorita de la concurrencia es Kikugoro. Ésta lleva un kimono de seda azul pálido y

una faja brocada de crisantemos de oro y plata y un pequeño abanico plegado, tiene la cara pintada y maquillada de un blanco porcelánico. Un vaquero del lado sur de la frontera pide un «Biggu Makku». Pero Kikugoro dice «Esto no es Makudonarudo».^[1] Coge entonces un largo cilindro de cristal de arseniuro de galio y corta una fina loncha que sirve con salsa de soja, wasabi, jengibre en escabeche y rábanos. «Conduce los electrones diez veces más rápido que el silicio... está bueno, gaucho-san, tú comer», dice, haciendo una reverencia.

Mi hermana es el hermoso día. Oh hermoso día, hermana mía, suéname la nariz, envuélveme en prendas con aroma a frescor. Me amamanto del pezón diamantino del hermoso día, me zampo la leche del hermoso día, y por primera vez desde 1956, derramo sobre los hombros del bello día. Oh bello día, lávame en tu azur despejado. Tengo una sobredosis de televisión, estoy insensible y cianótico, revíveme en tu ducha de luz gélida y recorramos tu piazza hecha de elegantes losas de tiempo. Oh hermoso día, bésame. Tu boca es como el Día de la Hispanidad. Eres el mentol del otoño. Mis pulmones no pueden saciar su sed de ti. Resucítame; nunca exhalaré tus gases tónicos. Inflame para que pueda subir al cielo y lamentar la monótona topografía de mi vida. Oh bello día, hermana mía, suéname la nariz y vísteme con tus mejores galas. Almorcemos al aire libre. Tus sándwiches club están hechos de abono y viento perfumado con papel de periódico. Tus mondadientes decorados son los árboles de hoja caduca de los días de escuela.

Yo era un punto infinitamente denso y caliente. Así comienza la autobiografía de un niño salvaje que fue criado por unos títeres enormes y espeluznantes. Una autobiografía escrita con pesas en las muñecas. Acaba con estas palabras: Un coche atraviesa un charco de esperma, sudor y gel anticonceptivo, salpicando al gran vigilante experto en artes marciales natural de Hong Kong. Dentro, dos sardinas acéfalas en salsa de mostaza duermen en la repugnante os-

curidad de su contenedor de lata. De súbito, las puertas batientes se abren de golpe y entra un androide mesomórfico que saca de improviso un falo de 16 kilos hecho de una aleación de níquel resistente a la corrosión y se pone a acariciarlo lúgubrementemente, con los ojos medio cerrados. Tiene una membrana de óxido de metal que permite una absoluta filtración submicrónica de fluidos petroquímicos. Puede eyacular herbicidas, ácido sulfúrico, goma de alquitrán, lo que sea. Y en el extremo del bar, una mujer cuyo poema de larga duración sobre la disfunción de la articulación temporomaxilar (ATM) había ganado un Grammy a la mejor declamación grabada está suave y lenta y ritualmente frotándose hexafluoracetilacetona de cobre en el clítoris mientras contempla al cachas de rasgos no euclidianos disparar una gota de etilbenceno deshidrogenado a una distancia de 6000 kilómetros hacia el archipiélago ártico, la cual finalmente cae en forma de diluvio sobre un fiordo de la Bahía de Baffin. En el exterior, una pelota de baloncesto se precipita desde el cielo, matando a un perro. En una feria comarcal, un tipo enorme y peludo con un mono azul embarrado, rodeado por una multitud de adolescentes retrasados, balancea un mazo por encima de su cabeza con unos musculosos brazos llenos de queloides y luego lo abate con toda su fuerza bruta contra una hamburguesa de tofu sobre un plato de papel floreado. Un lagarto lame el rocío del estambre de una flor de azafrán raquíptica. Remaches y vigas flotan por encima de obreros de la construcción telekinésicos. La voz testicular de Barry White emana de alguna fuente oculta dentro del lavadero. Mientras tomo un trago de un vaso de agua del grifo lechosa por los contaminantes, advierto que los contenidos de mi mente están siendo drenados y reemplazados por las creencias de los niños salvajes más voluntariosos y animosos jamás criados por títeres enormes y espeluznantes. Soy la voz... la voz del más allá y la voz interior, ¿me oyes? Sí. Te hablo a ti y sólo a ti, ¿está claro? Sí, amo. ¿A quién le hablo? A mí y sólo a mí. ¿Es «feliz» el epí-

teto apropiado para alguien que experimenta cada momento como si fuera a ser desollado vivo y cosquilleado alternativamente hasta la muerte? No, amo.

Además de la hormona del crecimiento extraída de las glándulas de cadáveres humanos, estaba tomando esteroides anabolizantes, compuestos regenerativos de tejidos con factor estimulante de las colonias de granulocitos y monocitos (GM-CSF) —una sustancia utilizada para estimular el crecimiento de determinados glóbulos rojos vitales en víctimas de la radiación— y un espray nasal de neuropéptidos que acelera la liberación de hormonas pituitarias y me estaba poniendo cada vez más grande y mi gasto en comida se estaba volviendo enorme. Así que fui a un concurso televisivo con la esperanza de ganar dinero. Ésta fue mi pregunta, por 250.000 dólares en efectivo más premios: Si el Océano Pacífico estuviera lleno de ginebra, ¿cuál sería, en términos proporcionales de volumen, el lago de vermut necesario para obtener un martini seco? Dije que el Lago Ontario, pero la respuesta era el Mar Caspio, que aunque se denomina mar es por definición un lago. Había fallado. Había humillado a mi familia y deshonorado a los maestros de kung fu del templo de Shaolin. Me quedé mirando fija y torvamente al público del estudio, que estaba coreando algo que sonaba como «gilipollas». Estoy en mi coche. Estoy colocado de Sinutab. Y voy conduciendo hacia cualquier sitio. El vector de mi desplazamiento desde un punto dado es isotrópico, lo que significa que todas las direcciones posibles son igualmente probables. Acabo en un pequeño antro escuálido en algún lugar de Las Vegas, tal vez Reno, tal vez Tahoe. No lo sé... pero allí está ella. No puedo decir si es humana o un androide ginemórfico de quinta generación y no me importa. Rompo la abertura de una ampolla de feromonas del apareamiento y dejo que éstas se vayan flotando por el bar mientras doy sorbos de mi bebida, un isocianato de metilo con hielo —el isocianato de metilo es la sustancia que mató a más de 2000 personas a

causa de un escape en Bhopal, India, pero gracias a mis ejercicios con pesas, mi entrenamiento aeróbico y una dieta baja en grasas y rica en fibra, esa cosa no me causa ningún efecto—. Como era de esperar, ella se acerca y se sienta en el taburete de al lado. Después de unos instantes en silencio, hago el primer avance: Todos nosotros somos psicóticos larvarios y lo hemos sido desde que teníamos dos años, digo, escupiendo un cubito de hielo en mi vaso. Ella se acerca más a mí. A esta distancia, el vello que mana como una ceja de su ombligo me recuerda los helechos fractales que se producen al inyectar agua teñida en una solución de polímero acuoso, y se lo digo. Ella me mira a los ojos: Tienes el descaro, encanto superficial, grandiosidad, ausencia de culpa, sentimientos superficiales, impulsividad y vacío de planes realistas a largo plazo que me excitan en este preciso momento, dice, acercándose aún más a mí. Nos alimentamos de las mismas presas, gruño. Mis labios están ahora a un ángstrom de los suyos, lo cual equivale a una diez mil millonésima parte de un metro. Comienzo a besarla pero ella aparta la cabeza. ¿No son los buenos chicos los que se terminan toda la verdura antes del postre?, pregunto. No puedo besarte, somos replicantes monocigóticos: compartimos el 100% de nuestro material genético. La cabeza me da vueltas. Eres el bello día, exclamo, tu aliento es un céfiro de eucalipto que ejecuta un pas de bourrée sobre el Mar de Galilea. Gracias, dice ella, pero no podemos ir a mi casa y hacer el amor pues los mayores prohíben el incesto monocigótico. Y si dijera que yo podría cambiar todo eso, y si dijera que tengo una carabina en miniatura que introduce fragmentos genéticos en las células de organismos vivos, alterando sus matrices genéticas para que una replicante monocigótica deje de ser una replicante monocigótica y pueda así hacer el amor con un culturista sin transgredir el tabú del incesto, digo, abriéndome la camisa y dejando al descubierto el artefacto que llevaba adherido a la cintura de los vaqueros negros. ¿Cómo conseguiste eso?, dice

boquiabierta, mirando lujuriosamente el grueso cañón de fibra plástica reforzada y el relieve del logo de la Uzi-Biotech sobre el cargador que contenía dos cartuchos de gel de ADN recombinante. Por navidades, ¿quieres decir alguna última palabra antes de que te revuelva los cromosomas?, digo, apuntando. Sí, dice ella, tú primero. Me llevo el cañón al corazón. Éstas son mis últimas palabras: Cuando salí del útero de mi madre tenía el tamaño de una pastilla de caldo de pollo y padre le dijo al tocólogo: Observo que en este punto es difícil pronosticar sus oportunidades para un futuro productivo, pero si va a quedarse con seis caras y un peso de 0,4 gramos durante el resto de su vida, entonces la eutanasia sería la mejor opción. Pero madre, que sólo unos milisegundos antes se encontraba en plena tarea agónica, se había deslizado ya en su bata y sus zapatillas y estaba encendiendo un Marlboro: Ningún mentecato de Guadalajara con la cara llena de granos va a disolver este pequeño hexaedro indefenso en un tazón de agua hirviendo, dijo, mientras una enfermera se esforzaba con desesperación acrobática en deslizar un cuenco de sutura bajo la larga ceniza del cigarrillo que ella había consumido de una calada furiosamente intensa. Éstas son mis últimas palabras: El temor a ser intimidado y humillado me viene de un incidente que ocurrió hace bastantes años en una cafetería. Un hombre de 230 kilos sentado a mi lado en la barra estaba demostrando que una toalla de papel en particular era más absorbente que otra de otra marca. Tenía la cara hinchada y cubierta de manchas rojas por la agitación. Derramó mi vaso de batido de chocolate sobre la barra y lo secó con una toalla de papel y después con la otra. Con cada pasada sobre la barra el barrido de su enorme brazo lleno de hoyuelos se fue ampliando más y más hasta que impactó varias veces con la palma de la mano y la toalla empapada contra mi pecho. Tuve que soportar una cadencia interminable que acabó transformándose en golpes. Y en lugar de ayuda de los demás clientes sentados a la barra, recibí su